MOVIMIENTO DE LOS CONSEJOS OBREROS

ALEMANIA 1917-21

5ª SERIE V

YX
68

AUTORIZADO DESPUES DE
UN AÑO DE SECUESTRO

Z

MOVIMIENTO DE LOS CONSEJOS OBREROS EN ALEMANIA (1917-1921)

H. Canne Meijer

Movimiento de los Consejos Obreros en Alemania (1917-1921)

Colección:
"Lee y Discute"
Serie V - Núm. 58

Colección: «Lee y Discute». Serie V, núm. 58.
Edita: ZERO, S. A. Máximo Aguirre, 5. Bilbao.
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. Lérida, 80. Madrid-20.
© Reservados todos los derechos.
Traducción: Pedro Serrano.
Madrid, septiembre de 1975.
Printed in Spain. Impreso en España.
I.S.B.N.: 84-317-0324-5.
Depósito legal: M. 27956/1975.
Imprime: Gráficas Color. María Zayas, 15. Madrid-29.

El trabajo que presentamos no es obra de un historiador oficial. No pretende, por tanto, recordar unos fenómenos contingentes, acumular detalles ligados a una situación particular, sino esclarecer algunos rasgos históricos significativos. Se esfuerza, igualmente, en mostrar cómo el fracaso del movimiento de los Consejos en la Alemania de los años 20 fue imputable ante todo al dominio que las concepciones tradicionales continuaban ejerciendo sobre la mentalidad obrera y cuán grande es la necesidad de desarrollar ideas nuevas, en estrecha relación con la época en que vivimos. En fin, al mismo tiempo que resalta las extremas dificultades de esta tarea —incluso para los militantes decididos, de ideas avanzadas— subraya implícitamente que la búsqueda de lo nuevo en la lucha de clases y la propaganda por el mundo nuevo son uno de los raros medios de que disponen los partidarios de la Räteidee (idea de los Consejos) para actuar en la misma dirección del movimiento general autónomo de la clase cuando éste se manifiesta.

La revolución estalla

En noviembre de 1918 el frente alemán se derrumbó. Los soldados desertaron por millares. Toda la máquina de guerra se tambaleaba. No obstante, en Kiel los oficiales de la flota decidieron librar una última batalla para salvar el honor. Entonces los marinos se negaron a servir. Este no era su primer levantamiento, pero las tentativas precedentes habían sido reprimidas por las balas y las buenas palabras. Esta vez ya no había obstáculos inmediatos; la bandera roja fue alzada sobre un barco de guerra, después sobre los otros. Los marinos eligieron delegados que formaron un Consejo. A partir de ese momento los marinos estaban obligados a hacer todo lo posible para generalizar el movimiento. No habían querido morir en el combate contra el enemigo, pero continuaban en aislamiento, las tropas llamadas leales intervendrían y de nuevo habría combate, represión. Por este motivo los marineros desembarcaron y llegaron a Hamburgo; desde allí, por tren o cualquier otro medio, se dispersaron por toda Alemania.

El hecho liberador había sido realizado. Los acontecimientos se desencadenaban ahora rigurosamen-

ie. Hamburgo acogía a los marinos con entusiasmo; soldados y obreros se solidarizaban con ellos y elegían también sus Consejos. Aunque esta forma de organización era hasta entonces desconocida en la práctica, una amplia red de Consejos obreros y de Consejos de soldados cubrió rápidamente, en cuatro días, el país. Quizá habían oído hablar de los Soviets rusos de 1917, aunque, en este caso, habrían oído muy poco: la censura vigilaba. De todas formas, ningún partido, ninguna organización había propuesto nunca esta nueva forma de lucha.

Precursores de los Consejos

Sin embargo, durante la guerra, en Alemania, unos organismos bastante parecidos habían surgido en las fábricas. Eran formados, en el transcurso de las huelgas, por unos responsables elegidos, llamados hombres de confianza. Encargados por el sindicato de pequeñas funciones en el tajo, debían asegurar un lazo de unión entre la base y las centrales, transmitir a las mismas las reivindicaciones de los obreros. Durante la guerra estas reivindicaciones eran numerosas (las principales estribaban en la intensificación del trabajo y el aumento de los precios). Pero los sindicatos alemanes —como los de los otros países— habían constituido un frente único con el Gobierno a fin de garantizarle la paz social a cambio de pequeñas ventajas para los obreros y de la participación de los dirigentes sindicales en diversos organismos oficiales. Por eso los hombres de confianza

llamaban a una puerta falsa. Los «cabezotas» eran, tarde o temprano, enviados al ejército en las unidades especiales. Era, pues, difícil tomar públicamente posición contra los sindicatos.

Los hombres de confianza dejaron de informar a las centrales sindicales (no merecía la pena), pero como la situación y, por consiguiente, las reivindicaciones obreras seguían como antes, aquéllos se reunían clandestinamente. En 1917, una oleada de huelgas salvajes invade el país. Estos movimientos espontáneos no estaban dirigidos por una organización estable y permanente; si se desarrollaban con una cierta sincronización, ello era debido a que habían sido precedidos de discusiones y de acuerdos entre diversas fábricas, lo que daba lugar a los contactos preliminares a las acciones por los hombres de confianza de las fábricas mismas.

En estos movimientos, provocados por una situación intolerable, en ausencia de toda organización a la que se le pudiese acordar una confianza, por limitada que fuese, las concepciones diferentes (socialdemócrata, religiosa, liberal, anarquista, etc...) de los obreros debían desaparecer ante las necesidades momentáneas; las masas trabajadoras estaban obligadas a decidir por ellas mismas, sobre la base de la fábrica. En el otoño de 1918, estos movimientos, hasta entonces esporádicos y más o menos inconexos los unos en relación a los otros, tomaron una forma precisa y generalizada. Al lado de las administraciones clásicas (policía, abastecimientos, organización del trabajo, etc...), incluso —en parte— en lugar de ellas, los Consejos obreros tomaron el poder en los centros industriales importantes: Berlín,

Hamburgo, Brëme, en la Ruhr y en el centro de Alemania, en Saxe. Pero los resultados fueron escasos. ¿Por qué?

Una victoria fácil

Esta carencia de resultados proviene de la misma facilidad con que se formaron los Consejos obreros. El aparato del Estado había perdido toda autoridad; si se derrumbaba, por un lado y por otro, no era como consecuencia de una lucha encarnizada y voluntaria de los trabajadores. Su movimiento encontraba el vacío y se extendía sin dificultades, sin que fuese necesario combatir y reflexionar sobre este combate; el único objetivo del que se hablaba era el del conjunto de la población: la paz.

Existía una diferencia esencial con la revolución rusa. En Rusia, la primera ola revolucionaria, la Revolución de Febrero, barrió el régimen zarista; pero la guerra contiunaba. El movimiento de los trabajadores unidos encontraba así una razón de acentuar su presión, de mostrarse audaz y decidido. Pero en Alemania la principal aspiración de la población, la paz, fue inmediatamente satisfecha; el poder imperial dejaba el sitio a la república. ¿Cómo sería esta república?

Antes de la guerra no había sobre este punto ninguna divergencia entre los trabajadores. La política obrera, tanto en la práctica como en la teoría, era hecha por el partido social-demócrata y los sindicatos, adoptada y aprobada por la mayoría de los trabajadores organizados. Para los miembros del movi-

miento socialista, formado en el transcurso de la lucha por la democracia parlamentaria y las reformas sociales, pensando únicamente en esta lucha, el Estado democrático burgués debía ser un día la palanca del socialismo. Bastaría con adquirir una mayoría en el Parlamento y los ministros socialistas nacionalizarían, paso por paso, la vida económica y social; así llegaría el socialismo.

También existía una corriente revolucionaria, siendo Karl Liebknecht y Rosa Luxembourg los representantes más conocidos. Sin embargo, esta corriente nunca desarrolló unas concepciones opuestas claramente al socialismo de Estado; como sólo constituía una oposición en el seno del viejo partido, desde el punto de vista de la base, esta corriente no se distinguía del conjunto.

Concepciones nuevas

Sin embargo, surgieron unas nuevas concepciones durante los grandes movimientos de masas de 1918-1921. Estas no fueron creadas por una pretendida vanguardia, sino por las mismas masas. En la práctica, la actividad independiente de los obreros y soldados había recibido su forma orgánica: los Consejos, nuevos órganos que actuaban en un sentido de clase. Y, puesto que hay un estrecho vínculo entre las formas tomadas por la lucha de clase y las concepciones del futuro, las viejas concepciones comenzaban a tambalearse. Ahora los trabajadores dirigían sus propias luchas fuera de los aparatos de los partidos y sindicatos; asimismo, tomaba cuerpo la idea

de que las masas debían ejercer una influencia directa sobre la vida social por medio de los Consejos. Entonces habría «dictadura del proletariado», una dictadura que no sería ejercida por un partido, sino que sería la expresión de la unidad de toda la población trabajadora, al fin realizada. Cierto, esta organización de la sociedad no sería democrática en el sentido burgués del término, puesto que la parte de la población que no participase en la nueva organización de la vida social no tendría voz ni en las discusiones ni en las decisiones.

Decíamos que las viejas concepciones comenzaban a tambalearse. Pero pronto se hizo evidente que las tradiciones parlamentarias y sindicales estaban demasiado enraizadas en las masas para ser extirpadas en un plazo corto. La burguesía, el partido socialdemócrata y los sindicatos se acogieron a estas tradiciones para combatir las nuevas concepciones. El partido, en particular, se regocijaba aparentemente de esta nueva forma con que las masas se imponían en la vida social. Incluso exigía que esta forma de poder directo fuese aprobada y codificada por una ley. Pero si éste les demostraba así su simpatía, el viejo movimiento obrero, todo él, reprochaba a los Consejos el no respetar la democracia, al mismo tiempo que los disculpaba parcialmente a causa de una falta de experiencia debida a su nacimiento espontáneo. En realidad, las viejas organizaciones pensaban que los Consejos no les dejaban un sitio suficientemente grande y veían en ellos unos organismos rivales. Al pronunciarse por la democracia obrera, los viejos partidos y los sindicatos reivindicaban, de hecho, que todas las corrientes del movi-

miento obrero estuviesen representadas dentro de los Consejos en proporción con la importancia numérica respectiva.

La trampa

La mayor parte de los trabajadores era incapaz de rebatir este argumento: correspondía muy bien a sus viejas costumbres. Los Consejos obreros reunieron, pues, representantes del partido social-demócrata, de los sindicatos, de los social-demócratas de izquierda, de las cooperativas de consumidores, etc..., así como a los delegados de las fábricas. Es evidente que tales Consejos no eran los órganos de los equipos de trabajadores reunidos por la actividad en la fábrica, sino unas formaciones salidas del viejo movimiento obrero trabajando en la restauración del capitalismo sobre la base del capitalismo de Estado democrático.

Eso significaba reducir a polvo los esfuerzos obreros. En efecto, los delegados de los Consejos ya no recibían las instrucciones de la masa, sino que éstas provenían de sus diferentes organizaciones. Exhortaban a los trabajadores para que respetasen e hiciesen reinar «el orden», proclamando que «en el desorden no hay socialismo». En estas condiciones los Consejos perdieron rápidamente todo su valor ante los obreros. Las instituciones burguesas se pusieron de nuevo en funcionamiento, sin preocuparse de la opinión de los Consejos; ése era precisamente el objetivo del viejo movimiento obrero.

El viejo movimiento obrero podía estar orgulloso

de su victoria. La ley votada por el Parlamento fijaba detalladamente los derechos y deberes de los Consejos. Su tarea consistiría en vigilar la aplicación de las leyes sociales. Dicho de otra forma, los Consejos se transformaban en un resorte más del Estado, contribuyendo a su buen funcionamiento en vez de destruirlo. Cristalizadas en las masas, las tradiciones se revelaban más poderosas que los resultados de la acción espontánea.

A pesar de esta «revolución abortada», no se puede decir que la victoria de los elementos conservadores haya sido simple y fácil. La nueva orientación de los espíritus fue, a pesar de todo, bastante importante para que cientos de miles de obreros luchasen encarnizadamente para que los Consejos guardasen su carácter de nuevas unidades de clase. Hicieron falta cinco años de conflictos incesantes para que el movimiento de los Consejos fuese definitivamente vencido por el frente único de la burguesía, del viejo movimiento obrero y de los guardias blancos (formados por los halcones prusianos y los estudiantes reaccionarios).

Corrientes políticas

Se pueden distinguir, en líneas generales, cuatro corrientes políticas del lado de los obreros:

a) Los social-demócratas

Querían nacionalizar gradualmente las grandes industrias, utilizando la vía parlamentaria. Tendían

igualmente a reservar a los sindicatos el papel de intermediarios exclusivos entre los trabajadores y el capital del Estado.

b) Los comunistas

Inspirados, más o menos, por el ejemplo ruso, preconizaban una expropiación directa de los capitalistas por las masas. Según ellos, los obreros revolucionarios tenían el deber de «conquistar» los sindicatos y «hacerlos revolucionarios».

c) Los anarco-sindicalistas

Se oponían a la toma del poder político y a todo Estado. Según ellos, los sindicatos representaban la fórmula del futuro; había que luchar para que los sindicatos tomasen una extensión suficientemente grande como para que pudiesen gestionar toda la vida económica. Uno de los teóricos más conocidos de esta corriente, Rudolf Rocker, escribía en 1920 que los sindicatos no debían ser considerados como un producto transitorio del capitalismo, sino como los gérmenes de una futura organización socialista de la sociedad. En 1919 pareció que la hora de este movimiento había llegado. Los sindicatos anarquistas crecieron después de la caída del Imperio alemán. En 1920 tenían alrededor de doscientos mil miembros.

d) No obstante, este año (1920) los efectivos de los sindicatos revolucionarios se redujeron. Una fracción bastante considerable de sus partidarios se dirigían ahora hacia otra forma de organización, me-

jor adaptada a las condiciones de la lucha: *la organización revolucionaria de la fábrica.* Cada fábrica tenía, o debía tener, su propia organización, que actuaba independientemente de las otras, y que incluso, al principio, no estaba conectada con ellas. Cada fábrica parecía una especie de «república independiente», encerrada sobre sí misma.

Sin duda, estos organismos de fábrica eran una realización de las masas; aunque es necesario hacer notar que aparecían en el contexto de una revolución, que si bien no estaba vencida, sí al menos estancada. Pronto se evidenció que los obreros no podían, por el momento, conquistar y organizar el poder económico y político por medio de los Consejos; sería necesario primero mantener una lucha sin piedad contra las fuerzas que se oponían a los Consejos. Los obreros revolucionarios comenzaron entonces a aunar sus propias fuerzas en todas las fábricas, a fin de mantener su influencia sobre la vida social. Mediante su propaganda se esforzaban en despertar la conciencia de los obreros, les invitaban a salir de los sindicatos y adherirse a la organización revolucionaria de fábrica; los obreros, en su totalidad, podrían entonces dirigir ellos mismos sus propias luchas y conquistar el poder económico y político sobre toda la sociedad.

Aparentemente, la clase obrera daba de esta forma un paso atrás en el terreno de su organización. Mientras que anteriormente el poder de los obreros estaba concentrado en algunas potentes organizaciones centralizadas, ahora se descomponía en centenas de pequeños grupos que reunían algunos centenares o millares de miembros, según la importancia de la fábrica. En realidad, esta forma era la

única que permitía la instauración de un poder obrero directo; por eso, aunque relativamente pequeñas, estas nuevas organizaciones aterraban a la burguesía, a la social-democracia y a los sindicatos.

Desarrollo de las organizaciones de fábrica

Si estas organizaciones se mantenían aisladas entre sí, no era por cuestión de principios: su aparición se había efectuado, por uno y otro lado, de una forma espontánea y separada, en el transcurso de huelgas salvajes (entre los mineros del Ruhr en 1919, por ejemplo). Apareció una tendencia con vistas a unificar todos estos organismos y oponer un frente coherente a la burguesía y a sus acólitos. La iniciativa partió de los grandes puertos, Hamburgo y Brëme; en abril de 1920 hubo una primera conferencia de unificación en Hannover; en ella participaron delegaciones provenientes de las principales regiones industrializadas de Alemania. La policía intervino y dispersó el Congreso. Pero llegó demasiado tarde. En efecto, la organización general unificada ya estaba fundada; ya estaban claros los más importantes principios de acción. Esta organización había tomado el nombre de Unión General de Trabajadores de Alemania: A.A.U.D. (Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands). La A.A.U.D. tenía como principios esenciales la lucha contra los sindicatos y los Consejos de Empresa legales, así como el rechazo del parlamentarismo. Cada una de las organizaciones, miembro de la Unión, tenía derecho al máximo de

independencia y a la mayor libertad para adoptar su táctica.

En esta época, en Alemania, los sindicatos contaban con un número de miembros superior al que habían tenido antes y al que tendrían después. Así, en 1920 los sindicatos de obediencia socialista reagrupaban casi ocho millones de cotizantes en 52 asociaciones sindicales; los sindicatos cristianos tenían más de un millón de adherentes, y los sindicatos «de casa», los amarillos, reunían cerca de trescientos mil. Por otro lado, había organizaciones anarcosindicalistas (F.A.U.D.) y también algunas otras que, un poco más tarde, se unirían a I.S.R. (Internacional Sindical Roja, dependiente de Moscú). Al principio, la A.A.U.D. sólo reunió ochenta mil trabajadores (abril de 1920); pero su expansión fue rápida y a finales de 1920 su número llegó a trescientos mil. Algunas de las organizaciones que la componían afirmaban, ciertamente, una igual simpatía por F.A.U.D. o incluso por I.S.R. Pero a partir de diciembre de 1920 una serie de divergencias políticas provocaron una gran escisión en el seno de A.A.U.D.; numerosas asociaciones adherentes salieron de ella para formar una nueva organización, llamada unitaria: A.A.U.D.E. Después de esta ruptura, A.A.U.D. declaraba contar todavía con más de doscientos mil miembros en el momento de su cuarto congreso (junio de 1921). En realidad, estas cifras ya no eran tan exactas: en el mes de marzo de 1921, el fracaso de la insurrección de la Alemania central había decapitado y desmantelado literalmente la A.A.U.D. Aún débil, la organización no pudo resistir de manera eficaz una enorme ola de represión policíaca y política.

El partido comunista alemán (K.P.D.)

Antes de examinar las diversas escisiones en el movimiento de las organizaciones de fábrica es necesario hablar del partido comunista. Durante la guerra el partido social-demócrata se mantuvo al lado —o más bien detrás— de las clases dirigentes e hizo todo lo posible para asegurarles «la paz social»; exceptuando, no obstante, una pequeña fracción de militantes y de funcionarios del partido, entre los cuales los más conocidos eran Rosa Luxembourg y Karl Liebknecht. Estos últimos hacían propaganda contra la guerra y criticaban violentamente las posiciones del partido social-demócrata. Y no estaban completamente solos. Además de su grupo, «Liga Spartacus», había, entre otros, los «Radicales de Izquierda» de Hamburgo o «Política Obrera» de Bremê, además de los «Internacionalistas» de Dresde y de Francfort. Después de noviembre de 1918 y la caída del Imperio, estos grupos, formados en la escuela de la «Izquierda» social-demócrata, se pronunciaron por una lucha «en la calle» destinada a forjar una nueva organización política y que se orientase, en cierta forma, sobre los pasos de la Revolución rusa. Finalmente se celebró en Berlín un Congreso de unificación y, desde el primer día, fue fundado el partido comunista (30-XII-18) (1).

---

(1) Se puede encontrar la traducción —en francés— de la relación detallada de este Congreso, junto con otros materiales interesantes, en *A. Proudhom-Meaux*, Spartacus et la Commune de Berlin, Cahiers Spartacus, octubre-noviembre de 1949.

Este partido se convirtió rápidamente en un centro de reunión para muchos obreros revolucionarios que exigían «todo el poder para los Consejos obreros».

Hay que hacer notar que los fundadores del K.P.D. constituyeron, en cierta forma, por derecho de nacimiento, los cuadros del nuevo partido; y ellos mismos introdujeron frecuentemente el espíritu de la vieja social-democracia. Los obreros que ahora afluían al K.P.D. y que se preocupaban por la práctica de nuevas formas de lucha no siempre osaban afrontar a sus dirigentes, por respeto a la disciplina, y se plegaban frecuentemente a concepciones ya caducas.

El concepto «organizaciones de fábricas» contiene, en efecto, unas nociones muy diferentes. Puede designar, como pensaban los fundadores del K.P.D., una simple forma de organización, sin más, y, por tanto, sometida a instrucciones que son decididas fuera de ella: ésta era la vieja concepción. Pero también puede contener un conjunto totalmente diferente de actitudes y de mentalidades. En este nuevo sentido, la noción de organizaciones de fábricas implica un cambio total en las ideas admitidas hasta entonces a propósito de:

a) la unidad de la clase obrera;
b) la táctica de lucha;
c) las relaciones entre las masas y su dirección;
d) la dictadura del proletariado;
e) las relaciones entre Estado y sociedad;
f) el comunismo como sistema económico y político.

Estos problemas se planteaban en la práctica de las nuevas luchas; era necesario intentar resolverlos bajo pena de desaparecer en tanto que fuerzas nuevas. Por consiguiente, la necesidad de una renovación de ideas se imponía rápidamente, pero los cuadros del partido —aunque habían tenido el coraje de irse de sus antiguos puestos— no pensaban más que en reconstituir el nuevo partido copiando el modelo del antiguo y evitando los puntos de fricción. Por otro lado, no es necesario decir que las ideas nuevas sufrían de una falta de elaboración y de claridad, que no se presentaban como un conjunto armonioso, caído del cielo o de un cerebro superdotado. Más prosaicamente, provenían en parte del viejo fondo ideológico y lo nuevo se mezclaba con lo viejo. En suma, los jóvenes militantes del K.P.D. no se oponían de forma masiva y resuelta a su dirección, pero eran débiles y estaban divididos en muchas cuestiones.

El parlamentarismo

El K.P.D. desde su formación se dividió sobre el conjunto de problemas levantados por la nueva noción de «organizaciones de fábricas». El Gobierno provisional, dirigido por el social-demócrata Ebert, había anunciado las elecciones para una Asamblea Constituyente. ¿Debía el joven partido participar en estas elecciones, aunque sólo fuese para denunciarlas? Esta cuestión provocó discusiones muy vivas en el Congreso. Una gran mayoría de obreros exigía el rechazo de toda participación en las elecciones. Por

el contrario, la dirección del partido (entre ellos Rosa Luxembourg y Liebknecht) se pronunciaba por una campaña electoral. La dirección perdió en las votaciones; la mayoría del partido se declaró antiparlamentaria. Según esta mayoría, la Asamblea Constituyente no tenía otro objetivo más que el de consolidar el poder de la burguesía dándole una base «legal». Al contrario, los elementos proletarios del K.P.D. insistían sobre todo en «activar» los Consejos obreros existentes y por existir; querían valorizar la diferencia entre democracia parlamentaria y democracia obrera, difundiendo la consigna «todo el poder a los Consejos obreros».

La dirección del K.P.D. no veía en este antiparlamentarismo una renovación, sino una regresión hacia las concepciones sindicalistas y anarquistas, como las que se manifestaron al principio del capitalismo industrial. En realidad, no tenía nada en común con el «sindicalismo revolucionario» y el «anarquismo». Incluso representaba, en muchos aspectos, la negación de éstos. Mientras que el antiparlamentarismo de los libertarios se apoyaba en el rechazo del poder político y en particular de la dictadura del proletariado, la nueva corriente lo consideraba como una condición necesaria para la toma del poder político. Se trataba, pues, de un antiparlamentarismo «marxista».

Los sindicatos

Sobre la cuestión de las actividades sindicales, la dirección del K.P.D. tenía, naturalmente, una forma

de ver diferente de la corriente de las «organizaciones de fábricas». Esto dio lugar igualmente a discusiones poco después del Congreso (y también del asesinato de Karl y Rosa).

Los propagandistas de los Consejos difundían la consigna: «¡Salid de los sindicatos, adheríos a las organizaciones de fábrica, formad Consejos obreros!» Pero la dirección del K.P.D. declaraba: «¡Quedad en los sindicatos!» Esta no pensaba, es cierto, «conquistar» las centrales sindicales, pero creía que era posible «conquistar» la dirección de algunas ramas locales. Si este proyecto tomaba cuerpo se podían reunir estas organizaciones locales en una central nueva que sería revolucionaria. En esta cuestión la dirección del K.P.D. obtuvo de nuevo una derrota. La mayor parte de sus secciones se negaron a aplicar sus instrucciones. Pero la dirección decidió mantener sus posiciones, aunque fuese a costa de excluir a la mayoría de sus miembros; en este asunto fue apoyada por el partido ruso y su jefe, Lenin, que escribió en esta ocasión el nefasto folleto sobre *La enfermedad infantil.*

Esta operación se realizó en el Congreso de Heidelberg (octubre de 1919), en el que por diversas maquinaciones la dirección consiguió excluir de forma «democrática» más de la mitad del partido... A partir de ese momento el partido comunista alemán llevaba a cabo su política parlamentaria y sindical (con resultados más bien lamentables); la exclusión de los revolucionarios le permitió unirse un poco más tarde (octubre de 1920) con una parte de los socialistas de izquierda (y de cuadruplicar en número, pero sólo durante tres años). Al mismo

tiempo, el K.P.D. perdía sus elementos más combativos y se sometía incondicionalmente a la voluntad de Moscú.

El partido obrero comunista (K.A.P.D.)

Algún tiempo después los excluidos formaron un nuevo partido: el K.A.P.D. Este partido mantenía estrechos contactos con la A.A.U.D. En los movimientos de masas que tuvieron lugar en el transcurso de los años siguientes el K.A.P.D. fue una fuerza que se tuvo en cuenta. Se temía tanto su voluntad y su práctica de acciones directas y violentas como su crítica de los partidos y sindicatos, su denuncia de la explotación capitalista bajo todas sus formas, empezando por la fábrica, claro está; su prensa y sus diversas publicaciones se encontraban a menudo entre lo mejor que ofrecía la literatura marxista en esta época de decadencia del movimiento obrero marxista, y eso a pesar de que el K.A.P.D. arrastraba aún viejas tradiciones.

El K.A.P.D. y las divergencias en el seno de la A.A.U.D.

Dejemos ahora los partidos y volvamos a los movimientos de las «organizaciones de fábrica». Este joven movimiento demostraba que unos cambios muy importantes se habían producido en la conciencia del mundo obrero. Pero estas transformaciones

habían tenido consecuencias muy variadas; diferentes corrientes de pensamiento se revelaban muy distintamente en la A.A.U.D. El acuerdo era general sobre los puntos siguientes:

a) la nueva organización debía esforzarse en crecer;
b) su estructura debía ser concebida de forma que evitase la constitución de una nueva pandilla de dirigentes;
c) esta organización debía establecer la dictadura del proletariado cuando reuniese millones de miembros.

Dos puntos provocaban antagonismos insuperables:

a) necesidad o no de un partido político fuera de la A.A.U.D.;
b) gestión de la vida económica y social.

Al principio, A.A.U.D. sólo tenía unas relaciones bastante vagas con el K.P.D.; por eso estas divergencias no tenían una trascendencia práctica. Las cosas cambiaron con la fundación del K.A.P.D. La A.A.U.D. empezó a cooperar estrechamente con éste, y eso contra la voluntad de un gran número de sus miembros, sobre todo en Saxe, Francfort, Hamburgo, etc... (no hay que olvidar que Alemania estaba todavía extremadamente descentralizada, y esto repercutía sobre la vida de las organizaciones obreras). Los adversarios del K.A.P.D. denunciaron la formación en su seno de una «banda de dirigentes», y en diciembre de 1920 formaron la A.A.U.D.-E.

(E: Einheitsorganisation, organización unitaria), que rechazaba todo aislamiento de una parte del proletariado dentro de una organización «especializada», un partido político.

La plataforma común

¿Cuáles eran los argumentos de las tres corrientes presentes en ese momento? Existía una convergencia de puntos de vista en el análisis del mundo moderno. En líneas generales, todo el mundo reconocía que la sociedad había cambiado: en el siglo XIX, el proletariado sólo formaba una minoría restringida dentro de la sociedad; no podía luchar solo y debía buscar apoyo en otras clases; de ahí provenía la estrategia democrática de Marx. Pero esos tiempos habían cambiado para siempre, al menos en los países desarrollados de Occidente. Aquí el proletariado constituía ahora la mayoría de la población, mientras que todas las capas de la burguesía se *unificaban* detrás del gran capital, ya *unificado*. En adelante la revolución era una tarea del proletariado *exclusivamente*. Y ésta era inevitable, pues el capitalismo ya había entrado en su crisis mortal (no olvidemos que este análisis data de los años 20 a 30).

Si la sociedad había cambiado, en Occidente al menos, entonces la concepción del comunismo debía cambiar también. Además, se revelaba que las viejas ideas, aplicadas por las viejas organizaciones, representaban todo lo contrario de una emancipación social. Es lo que hacía resaltar, en 1924,

Otto Ruehle, uno de los principales teóricos de la A.A.U.D.-E.:

> «La nacionalización de los medios de producción, que continúa siendo el programa de la social-democracia, al mismo tiempo que el de los comunistas, no constituye la socialización. A través de la nacionalización de los medios de producción se puede llegar a un capitalismo de Estado fuertemente centralizado, que probablemente tendrá alguna superioridad sobre el capitalismo privado, pero que continuará siendo un capitalismo.»

El comunismo vendría como resultado de la acción de los obreros, de su lucha activa y sobre todo «por ellos mismos». Para ello primero tenían que crearse nuevas organizaciones. Pero ¿cómo serían esas organizaciones? Aquí las opiniones divergían y estos antagonismos conducían a escisiones. Estas fueron muchas. Mientras que la clase obrera dejaba progresivamente de ejercer una actividad revolucionaria y que sus organismos oficiales sólo ejecutaban acciones tan espectaculares como ridículas, aquellos que querían actuar no hacían más que expresar, y esto defendiéndose físicamente como podían, la descomposición general del movimiento obrero. No obstante, no es inútil recordar sus divergencias aquí.

La doble organización

El K.A.P.D. rechazaba la idea del partido de masa en el estilo leninista que prevaleció después de la

Revolución rusa, y mantenía que un partido revolucionario era necesariamente el partido de una élite, pequeño, por tanto, pero basado en la calidad y no en la cantidad. El partido, reuniendo los elementos mejor educados del proletariado, debía actuar como un fermento dentro de las masas, es decir, difundir propaganda, mantener discusiones políticas, etc... La estrategia que recomendaba era la estrategia de *clase contra clase*, basada a la vez en la lucha en las fábricas y el levantamiento armado —incluso a veces como precedente a la acción terrorista (como acciones con bombas, asaltos de bancos, de vagones postales, fondos de fábricas, etc., frecuentes al comienzo de los años 20)—. La lucha en las fábricas, dirigidas por los comités de acción, tendrían por objeto crear la atmósfera y la conciencia de clase necesarias para las acciones de masa y llevar las masas de trabajadores, cada vez mayores, a movilizarse para las luchas decisivas.

Herman Gorter, uno de los principales teóricos de esta corriente, justificaba así la necesidad de un pequeño partido comunista:

> «La mayor parte de los proletarios se hallan en la ignorancia. Tienen unas nociones de economía y de política muy débiles, no conocen casi nada de los acontecimientos nacionales e internacionales, de las relaciones que existen entre éstos y de la influencia que ejercen sobre la revolución. No pueden acceder al saber a causa de su situación de clase. Por eso no pueden actuar en el momento conveniente. Se equivocan muy frecuentemente.»

De esta forma el partido seleccionado tendría una misión educadora, desempeñaría el papel de catalizador en el plano de las ideas. Pero la tarea de reagrupar progresivamente a las masas, de organizarlas, sería para la A.A.U.D., apoyada sobre una red de organizaciones de fábrica, y cuyo objetivo esencial sería combatir y arruinar la influencia de los sindicatos, por la propaganda, claro está, pero también y sobre todo mediante acciones encarnizadas, como «un grupo que muestra en su lucha lo que debe hacer la masa» (1). Finalmente, en el transcurso de la lucha revolucionaria, las organizaciones de fábrica se transformarían en Consejos obreros, englobando a todos los trabajadores y sometiéndoles directamente a su voluntad, a su control. En suma, la «dictadura del proletariado» sería una A.A.U.D. extendida por todo el conjunto de fábricas alemanas.

Los argumentos de la A.A.U.D.-E.

Opuesta al partido político separado de las organizaciones de fábrica, la A.A.U.D.-E. quería edificar una gran organización unitaria que tendría como tarea dirigir la lucha práctica directa de las masas y también, más tarde, asumir la gestión de la sociedad sobre la base de los Consejos obreros. De esta forma la nueva organización tendría unos objetivos económicos y políticos a la vez. Por un lado, esta con-

(1) H. Gorter: *Respuesta a Lenin* (1920), París, 1930, página 37.

cepción difería del «viejo sindicalismo revolucionario» que se afirmaba hostil a la constitución de un poder político específicamente obrero y a la dictadura del proletariado. Por otro, en la A.A.U.D.-E., aun admitiendo que el proletariado es débil, dividido e ignorante, y que un aprendizaje continuo le es necesario, no veía la unidad de un partido de élite al estilo K.A.P.D. Las organizaciones de fábrica bastaban para cumplir este papel de educación, ya que la libertad de palabra y de discusión estaba asegurada en ellas.

Es característico que la A.A.U.D.-E. dirigiese al K.A.P.D. una crítica en «el espíritu del K.A.P.»: según la A.A.U.D.-E., el K.A.P.D. era un partido centralizado, dotado de dirigentes profesionales y de redactores asalariados, que no se distinguía del partido comunista oficial nada más que por su rechazo del parlamentarismo; siendo la «doble organización» la aplicación de una política de «doble pesebre» para provecho de los dirigentes. La mayor parte de las tendencias de la A.A.U.D.-E. rechazaban la idea de dirigentes remunerados: «ni carnets, ni estatutos, ni nada de ese género», decían. Algunos llegaron incluso hasta fundar organizaciones antiorganizaciones...

En líneas generales, la A.A.U.D.-E. sostenía, pues, que si el proletariado es demasiado débil o demasiado ciego para tomar decisiones en el transcurso de sus luchas, no es una decisión tomada por un partido lo que podrá remediarlo. Nadie puede actuar en el lugar del proletariado, y éste debe, por sí mismo, superar sus propios defectos, y si no es así será vencido y pagará muy cara su derrota. La doble organización es una concepción caduca, un vestigio de la tradición: partido político y sindicato.

Esta separación entre las tres corrientes: K.A.P., A.A.U. y A.A.U.-E., tuvo consecuencias en la práctica. Así, cuando la insurrección de Alemania central, en 1921, que fue desencadenada y dirigida en gran parte por los elementos armados del K.A.P.D. (entonces reconocidos aún como simpatizantes de la III Internacional), la A.A.U.D.-E. se negó a participar en esta lucha destinada, según ella, a camuflar las dificultades rusas y la represión de Cronstadt.

A pesar de un desmenuzamiento continuo, que precipitaba polémicas muy vivas y muy frecuentemente embarulladas por cuestiones personales, y a pesar de las exageraciones provocadas por una decepción y una desesperación profundas, «el espíritu K.A.P.», es decir, la insistencia en la acción directa y violenta, la denuncia apasionada del capitalismo y de sus lugartenientes obreros de todo color político y sindical (comprendidos los «alcaldes de palacio» de Moscú), ejerció durante mucho tiempo una influencia sensible en las masas. Hay que añadir que todas estas tendencias disponían de una prensa importante (1), generalmente alimentada económica-

---

(1) En el K.A.P. se consideraba que la redacción de los periódicos debía ser «rotativa», es decir, ocupándose de ella, por turnos, las diferentes secciones locales del partido para evitar la formación de un núcleo especializado en la manipulación. Pero faltan detalles sobre esta experiencia de gran interés. Experiencia que fue efectivamente puesta en práctica. No obstante, hay que reconocer que la lectura de los diversos órganos del Rätekommunismus, en general, no permite discernir unas diferencias sensibles de ideas, de presentación, etc..., de un número a otro. (Señalemos que hacia finales de 1968 fue emprendida en París la realización de un proyecto análogo; pero el mensual *Passer Outre* desapareció después de tres números, sin duda falto de un cuerpo de

mente por medios ilegales, y que, frecuentemente reducidos al paro a causa de su comportamiento subversivo, sus miembros eran extremadamente activos en la calle, en las reuniones públicas, etc...

La decepción

Se había creído que el repentino crecimiento de las organizaciones de fábrica en 1919 y 1920 continuaría más o menos con la misma cadencia en el curso de las luchas futuras. Se había creído que las organizaciones de fábrica se convertirían en un gran movimiento de masas, reagrupando «millones y millones de comunistas conscientes», lo que contrarrestaría el poder de los sindicatos. Partiendo de esta justa hipótesis, que el proletariado sólo podía luchar y vencer como clase organizada, se pensaba que los trabajadores elaborarían en el transcurso del camino una nueva y siempre creciente organización permanente. En el crecimiento de la A.A.U. y de la A.A.U.-E. se podía medir el desarrollo de la combatividad y de la conciencia de clase.

Después de un período de expansión económica acelerado (1923-1929) se abrió un nuevo período que debía desembocar, en 1933, en la toma de poder, legal, de los hitlerianos. No obstante, la A.A.U., el K.A.P. y la A.A.U.-E. se replegaban de más en más sobre ellas mismas. Al final sólo quedaban algunas centenas de miembros como vestigio de las grandes

---

ideas común al conjunto de participantes, de un cierto grado de madurez y de homogeneidad política suficiente.)

organizaciones de fábrica de antaño, lo que significaba la existencia de pequeños núcleos, acá y allá, sobre un total de veinte millones de proletarios. Las organizaciones de fábrica ya no eran organizaciones «generales» de trabajadores, sino núcleos de comunistas de los Consejos conscientes. A partir de ese momento, la A.A.U.D. y la A.A.U.D.-E. revestían el carácter de pequeños partidos políticos, aunque su prensa pretendiese lo contrario.

Las funciones

¿Es especialmente el pequeño número de sus miembros lo que transformó, a la larga, a las organizaciones de fábrica en partido político? No. Esto fue causado por un cambio de función. Aunque las organizaciones de fábrica nunca hubiesen proclamado como tarea dirigir huelgas, negociar con los patronos, formular reivindicaciones (esto era asunto de los huelguistas), la A.A.U. y la A.A.U.-E. eran organizaciones de lucha práctica. Se limitaban a actividades de propaganda y de apoyo. Aunque, una vez la huelga declarada, se ocupaban en gran parte de la organización de ésta; éstas organizaban las asambleas de huelga y los oradores eran frecuentemente miembros suyos. Pero la tarea de llevar las negociaciones con los patronos recaía sobre el comité de huelga en el que los miembros de las organizaciones de fábrica no representaban a su grupo como tal, sino a los huelguistas que les habían elegido y ante los que eran responsables.

El partido político K.A.P.D. tenía otra función. Su

tarea consistía sobre todo en hacer propaganda y análisis económicos y políticos. En las elecciones hacía propaganda antiparlamentaria para denunciar la política burguesa de los otros partidos, haciendo una llamada a formar comités de acción en las fábricas, en los mercados, entre los parados, etc..., cuyo objetivo era incitar a las masas, que «buscan instintivamente nuevos horizontes», para liberarse de las viejas organizaciones.

Cambio de función

Pero de hecho, después del triunfo de la sangrienta represión de 1921 y con la ola de prosperidad que no tardó en manifestarse, estas funciones se hicieron puramente teóricas. A partir de entonces, la actividad de estas organizaciones fue reducida a la propaganda pura y al análisis, es decir, a una actividad de grupo político. Desalentados por la ausencia de perspectivas revolucionarias, la mayor parte de los miembros de la organización se fueron de ella. La reducción de los efectivos tuvo también como consecuencia que la fábrica no constituyese ya la base de la organización. Se reunían sobre la base del barrio, en una cervecería, donde a veces se cantaba, a la alemana, en coro, lentamente, los viejos cantos obreros de esperanza y de cólera.

Ya no había grandes diferencias entre el K.A.P.D., la A.A.U.D. y la A.A.U.D.-E. Los miembros de la A.A.U. y del K.A.P. se encontraban asistiendo los mismos a reuniones nominalmente diferentes y los de la A.A.U.D.-E. eran miembros de un grupo político,

aunque le diesen otro nombre. Anton Pannekoek, el marxista holandés que fue uno de los inspiradores teóricos de todos ellos (pero sobre todo del K.A.P.D.), escribía en 1927 a propósito de esto:

> «La A.A.U., igual que el K.A.P., constituye esencialmente una organización que tiene como fin inmediato la revolución. En otros tiempos nadie hubiese pensado en formar una organización similar en un período de decadencia de la revolución. Pero ésta ha sobrevivido a los años revolucionarios; los trabajadores que antaño la fundaron y que combatieron bajo su bandera no quieren dejar que se pierda esta experiencia de lucha y la conservan como un vástago para el futuro.»

En consecuencia, había tres partidos políticos del mismo color; ello quería decir que sobraban dos. Con el aumento de los peligros, mientras que se afirmaba la incalificable cobardía de las viejas y supuestas potentes organizaciones obreras, mientras que los nazis comenzaban triunfalmente el camino que debía conducirles a donde hoy sabemos, la A.A.U., en diciembre de 1931, ya separada del K.A.P., se fusionó con la A.A.U.-E.; sólo algunos elementos se mantuvieron en el K.A.P.D. y algunos otros de la A.A.U.D.-E. se marcharon a las filas anarquistas. Pero la mayor parte de los supervivientes de las organizaciones de fábrica se agruparon en la nueva organización, la K.A.U.D. (Kommunistische Arbeiter Union: Unión Obrera Comunista), expresando así la idea de que esta última no constituía una organización «general» (como era el caso en la A.A.U., por

ejemplo) que reunía a todos los trabajadores animados por una voluntad revolucionaria, sino a trabajadores comunistas conscientes.

La clase organizada

La K.A.U.D. expresaba, por tanto, el cambio intervenido en las concepciones de la organización. Este cambio tenía un sentido; hay que recordar el significado que tenía hasta entonces la noción de «clase organizada». La A.A.U.D. y la A.A.U.D.-E. habían creído al principio que serían ellas las que organizarían a la clase obrera, que millones de obreros se adherirían a su organización. En realidad, era una idea muy próxima a la de los sindicalistas revolucionarios de antaño que esperaban ver a todos los trabajadores adherirse a *sus* sindicatos: entonces la clase obrera sería al fin una clase organizada.

Ahora la K.A.U.D. incitaba a los obreros a organizarse por sí mismos en sus comités de acción y a crear contactos entre estos comités. Dicho de otra forma, la lucha de clase «organizada» ya no dependía de una organización construida previamente a la lucha. En esta nueva concepción, la «clase organizada» era la clase obrera luchando bajo su propia dirección.

Este cambio de concepción tenía consecuencias en relación con muchas cuestiones: la dictadura del proletariado, por ejemplo. En efecto, puesto que la «lucha organizada» no era algo exclusivo de las organizaciones especializadas en su dirección, éstas no podían ser consideradas como órganos de la dicta-

dura del proletariado. Al mismo tiempo desaparecía el problema que hasta entonces había causado múltiples conflictos: ¿quién entre el K.A.P. y la A.A.U. debía ejercer u organizar el poder? La dictadura del proletariado ya no sería patrimonio de organizaciones especializadas, sino que se encontraría en manos de la clase en lucha, asumiendo todos los aspectos, todas las funciones de la lucha. La tarea de la nueva organización, la K.A.U.D., se reduciría, pues, a una propaganda comunista, clarificando los objetivos, incitando a la clase obrera a la lucha contra los capitalistas y las viejas organizaciones, en primer lugar, por. medio de la huelga salvaje, mostrándole al mismo tiempo sus puntos fuertes y sus debilidades. Esta actividad no era menos indispensable. La mayor parte de los miembros de la K.A.U. continuaban pensando que «sin una organización revolucionaria capaz de combatir duramente no podía haber situación revolucionaria, como lo han demostrado la Revolución rusa de 1917 y, en sentido contrario, la Revolución alemana de 1918» (1).

La sociedad comunista y las organizaciones de fábrica

Esta evolución en las ideas debía acompañarse necesariamente de una revisión de las nociones sobre

(1) *Rätekorrespondenz*, núm. 2, noviembre de 1932. (Organo clandestino, hecho a multicopista, de la K.A.U., cuya prensa, a partir de este momento, era regularmente secuestrada por orden de las autoridades social-demócratas de Prusia.)

la sociedad comunista admitidas hasta entonces. De una forma general, la ideología que dominaba en los medios políticos y en las masas estaba basada en la creación de un capitalismo de Estado. Evidentemente, había una multitud de pequeñas diferencias, pero toda esta ideología podía resumirse en algunos principios muy sencillos: el Estado, a través de las nacionalizaciones, de la economía dirigida, de las reformas sociales, etc., representa la palanca que permite realizar el socialismo, mientras que la acción parlamentaria y sindical representa los medios esenciales de lucha. Luego los trabajadores no luchan como una clase independiente, dirigiéndose ante todo a realizar sus propios fines, sino que deben confiar «la gestión y la dirección de la lucha de clase» a los jefes parlamentarios y sindicales. Según esta ideología, se puede deducir sin esfuerzo qué partidos y sindicatos servirán de elementos de base al Estado obrero y asumirán en común la gestión de la sociedad comunista del futuro.

En el transcurso de la primera fase, aquella que siguió al fracaso de los intentos revolucionarios en Alemania, esta tradición impregnaba fuertemente todavía las concepciones de la A.A.U., del K.A.P. y de la A.A.U.-E. Los tres se manifestaban partidarios de una organización que agrupase «a millones y millones» de miembros, a fin de ejercer la dictadura política y económica del proletariado. Así, en 1922 la A.A.U. declaraba que estaba en condiciones de asumir, tomando como base a sus efectivos, «la gestión de un 6 % de las fábricas» alemanas.

Pero estas concepciones se tambaleaban ahora. Como hemos visto, centenares de organizaciones de fábrica, reunidas y coordinadas por la A.A.U. y la

A.A.U.-E., reclamaban el máximo de independencia en cuanto a las decisiones a tomar y se esmeraban en evitar la formación de una «nueva banda de dirigentes». ¿Sería posible conservar esta independencia en el seno de la vida social comunista? La vida económica está altamente especializada y todas las empresas son estrechamente interdependientes. ¿Cómo se podría administrar la vida económica si la producción y la distribución de las riquezas sociales no eran organizadas por unos aparatos centralizados? ¿No era indispensable el Estado, como regulador de la producción y organizador de la distribución?

Había aquí una contradicción entre las viejas concepciones de la sociedad comunista y la nueva forma de lucha que ahora se preconizaba. Se temía la centralización económica y sus consecuencias, claramente demostradas por los hechos; pero se ignoraba cómo podría remediarse esto. La discusión se centraba en la necesidad y en el mayor o menor grado de «federalismo» o de «centralismo». La A.A.U.-E. se inclinaba más bien por el federalismo; el K.A.P.-A.A.U. tendía más al centralismo. En 1923, Karl Schroeder (1), teórico del K.A.P.D., proclamaba que «cuanto más centralizada esté la sociedad comunista, mejor será».

De hecho, mientras se permaneciese sobre la base

(1) Karl Schroeder (1884-1950), combatiente espartaquista, cuya cabeza fue puesta a precio en 1919, siendo después dirigente profesional del K.A.P.D., del que fue expulsado en 1924; después se convirtió en funcionario del partido socialista. Fue uno de los pocos dirigentes de este partido que organizó una «resistencia» al nazismo. Condenado en 1936, junto con otros antiguos militantes del K.A.P., ocupa hoy una plaza honorable en el «martirologio» del socialismo alemán.

de las viejas concepciones de la «clase organizada», esta contradicción era irresoluble. Por un lado, se aproximaban, más o menos, a las viejas concepciones del sindicalismo revolucionario, la «toma» en mano de las fábricas por los sindicatos; por otro, como los bolcheviques, se pensaba que un aparato centralizador, el Estado, debía regular el proceso de producción y repartir «la renta nacional» entre los obreros.

Sin embargo, una discusión sobre la sociedad comunista, partiendo del dilema «federalismo o centralismo», es absolutamente estéril. Estos problemas son cuestiones de organización, problemas técnicos, mientras que la sociedad comunista es, ante todo, un problema económico. Al capitalismo le debe suceder otro sistema económico en el que los medios de producción, los productos, la fuerza de trabajo no tengan ya la forma de «valor», haciendo que la explotación de la población trabajadora en beneficio de las capas privilegiadas desaparezca. La discusión sobre «federalismo o centralismo» no tiene sentido si antes no se ha definido cuál será la base económica de ese «federalismo» o «centralismo». En efecto, las formas de organización de una economía dada no son arbitrarias, se derivan de los mismos principios de esta economía. Así, el principio de provecho y de plusvalía, de su apropiación privada o colectiva se encuentra en la base de todas las formas adoptadas por una economía capitalista. Por eso es insuficiente el presentar la economía comunista como un sistema negativo: ni dinero, ni mercado, ni propiedad privada ni estatal. Es necesario esclarecer su carácter de sistema positivo y mostrar cuáles serán las leyes económicas que sucederán a las

del capitalismo. Una vez hecho esto, es probable que la alternativa entre «federalismo» y «centralismo» aparezca como un falso problema.

El fin del movimiento en Alemania

Antes de examinar más largamente esta cuestión, no es inútil recordar el destino, en la práctica, de la corriente salida de las organizaciones revolucionarias de fábrica.

La A.A.U.D. comenzó a desligarse del K.A.P.D. hacia finales de 1929. Su prensa preconizaba entonces una «táctica suave»: el apoyo de las luchas obreras que únicamente tenían como fin unas reivindicaciones salariales y mejoras de las condiciones y horarios de trabajo. Más rígido, el K.A.P. veía en esta táctica el comienzo de un desliz hacia la colaboración de clases, «la política del chalaneo» (1). Un poco más tarde, algunos kapistas llegaron incluso a preconizar el terrorismo individual como medio para llevar a las masas hacia la conciencia de clase. Ma-

---

(1) Así, uno de los dirigentes del partido fue expulsado con el pretexto de que había «pactado» con el enemigo al publicar una novela en la casa de ediciones del Partido Comunista Alemán. Se trataba de Adam Scharrer (1889-1948), obrero cerrajero, combatiente espartaquista posteriormente. Se convirtió después en dirigente profesional del K.A.P.D., del que fue excluido en 1930. Como Schroeder, era novelista, pero se orientaba en la otra dirección; a partir de 1934 reside en Moscú. Hoy día es considerado en Alemania del Este como «un pionero de la literatura proletaria». No es necesario decir que ciertos rasgos de su pasado permanecen ocultos al público.

rinus van der Lubbe, que, actuando solo, incendió el Reichstad, estaba en contacto con esta corriente. Incendiando el edificio que ocupaba el Parlamento, quería, mediante este gesto simbólico, incitar a los obreros a salir de su letargo político...

Ni una ni otra tácticas tuvieron resultados. Alemania sufría entonces una crisis económica de una extrema profundidad, abundaban los parados: no había huelgas salvajes, aunque es cierto que nadie se preocupaba de las consignas sindicales, los sindicatos colaboraban estrechamente con los patronos y el Estado. La prensa de los comunistas de los Consejos era secuestrada frecuentemente; pero de todas formas sus llamadas a la formación de comités autónomos de acción no tenían eco alguno. Ironía de la historia: la única huelga salvaje grande de esta época, la de los transportes berlineses (1932), fue sostenida por los «bonzos» estalinistas y hitlerianos contra los «bonzos» socialistas de los sindicatos.

Después de la subida legal de Hitler al poder los militantes de las diversas tendencias fueron perseguidos y encerrados en campos de concentración, donde muchos de ellos desaparecieron. En 1945, algunos supervivientes fueron ejecutados por orden de la G.P.U. al entrar en Saxe el ejército ruso. Todavía en 1952, en Berlín oeste, un antiguo jefe de la A.A.U.D., Alfred Weilard, era raptado en plena calle y transferido al Este para ser condenado a una larga pena de cárcel.

Actualmente no queda rastro en Alemania de las diversas corrientes del comunismo. La liquidación de los hombres ha ocasionado que también lo fuesen las ideas que ellos defendían; mientras que la expansión y la prosperidad orientaban los espíritus

en otras direcciones. Y, como ya se sabe, solamente en estos últimos años estas concepciones propias de la acción de masa extraparlamentaria y extrasindical han tenido un nuevo auge, sin que se pueda hablar de «filiación» ideológica directa. Pero volvamos ahora al problema de la economía comunista para ver en qué aspectos las reflexiones teóricas de este movimiento pueden contribuir a enriquecer nuestros conocimientos de la lucha por el poder obrero.

Fundamentos económicos del comunismo

Para profundizar estos problemas era necesario que la A.A.U. se hubiese liberado de las viejas tradiciones de «la clase organizada», que hubiese comprendido que la clase obrera sólo puede realizar su unidad real en su lucha en masa, global, y fuera de las organizaciones especializadas que, en el mejor de los casos, sólo representan unos aspectos fragmentarios de una fase ya caduca de las aspiraciones y de los objetivos proletarios. En 1930 la A.A.U. publicó un estudio realizado por el grupo de los comunistas de los Consejos de Holanda titulado *Grundprinzipien kommunistischer Produktion und Verteilung* («Principios fundamentales de la producción y de la distribución comunista).

Este análisis no pretende proponer un «plan»; mostrar cómo se podría edificar una sociedad «más bella», «más justa». Sólo se interesa en los problemas de organización de la economía comunista y jun-

ta en una unidad orgánica la práctica de la lucha de clase y la gestión social. Los «Principios» muestran, pues, a nivel teórico, las consecuencias económicas de la lucha, eventualmente llevada, a nivel de la acción política, por los movimientos de masa independientes. Cuando los Consejos obreros hayan tomado el poder y porque habrán aprendido a «gestionar sus luchas» ellos mismos, directamente, por un esfuerzo constante, se verán obligados a dar nuevas bases a su fuerza, introduciendo conscientemente nuevas leyes económicas en las que la medida del tiempo de trabajo será la base de la producción y del reparto del producto social global. Los trabajadores son capaces de gestionar por ellos mismos la producción, pero esto sólo es posible calculando el tiempo de trabajo en las diferentes ramas de la producción, en el sentido más amplio, y repartiendo los productos según esta medida.

Los «Principios» examinan este problema desde el punto de vista del trabajador explotado que no aspira solamente a la abolición de la propiedad privada, sino también el cese de la explotación. Pero la historia de nuestra época ha mostrado que la supresión de la propiedad privada, si bien es necesaria, no coincide obligatoriamente con la abolición de la explotación. Por tanto, es necesario considerar más detenidamente esta cuestión.

El movimiento anarquista ha comprendido esta necesidad mucho antes que los marxistas, y sus teóricos le han otorgado una atención constante. No obstante, sus concepciones, a fin de cuentas, no han sido totalmente diferentes. Si los marxistas, socialdemócratas o bolcheviques querían hacer pasar, sin cambiar nada fundamental en sus mecanismos, la

producción capitalista, llegada al grado de los monopolios, bajo el control de un Estado llamado obrero, los teóricos anarquistas preconizaban una federación de comunas libres y rechazaban todo Estado. Sin embargo, pretendían reconstituirlo de otra forma. Vamos a dar un ejemplo de este punto, que frecuentemente ha sido controvertido.

Uno de los teóricos más conocidos del anarquismo, Sebastián Faure, exponía que los habitantes de una comuna tendrían que censar sus necesidades y sus posibilidades de producción; después, disponiendo del «estado global de las necesidades del consumo y de las posibilidades de producción, región por región, el Comité Nacional fija y da a conocer a cada Comité Regional las cantidades de los productos de que su región puede disponer y la cantidad de producción que debe proporcionar. Con estas instrucciones, cada Comité Regional realiza la misma operación en su región: fija y da a conocer a cada Comité Comunal de qué dispone su comuna y lo que debe proporcionar. Este último hace lo mismo con los habitantes de la comuna» (1).

Cierto, Sebastián Faure había precisado anteriormente que:

> «Toda esta vasta organización tiene como base y principio verificador el libre entendimiento»,

pero un sistema económico exige principios económicos y no nobles proclamaciones. Se puede decir lo mismo a propósito de la siguiente cita de Hilferding, el célebre teórico social-demócrata, donde también falta el principio económico:

(1) S. Faure: *Mon Communisme*, París (1921), pág. 227.

«Los comisarios comunales, regionales y nacionales de la sociedad socialista deciden cómo y dónde, en qué cantidad y por qué medios se sacarán nuevos productos de las condiciones de producción naturales o artificiales. Ayudados por las estadísticas de producción y consumo que cubren el conjunto de las necesidades sociales, transforman la totalidad de la vida económica según las necesidades que expresan estas estadísticas» (2).

La diferencia entre estos dos puntos de vista fundamentales no es muy sensible. No obstante, los anarquistas han tenido el mérito histórico de resaltar la esencial consigna de «abolición del asalariado». Sin embargo, en esta perspectiva el «Comité Nacional», el «buró estadístico», etc..., lo que los marxistan llaman «el gobierno del pueblo», debe practicar «la economía en naturaleza», es decir, una economía en la que no se utiliza el dinero. El alojamiento, los alimentos, la corriente eléctrica, los transportes, etcétera, son «gratis». Una cierta parte de los bienes y servicios continúan, no obstante, siendo pagables en moneda (generalmente fijada a partir de la relación población-consumo).

Pero, a pesar de las apariencias, esta forma de suprimir el salario no significa la abolición de la explotación y tampoco significa la libertad social. En efecto, cuanto más crece el sector de la economía «en naturaleza», más dependen los trabajadores de la fijación de su «renta» por el aparato de reparto. Existe un ejemplo de economía «sin dinero», en que los intercambios se realizaban «en naturaleza», al

(2) R. Hilferding: *Das Finanzkapital*, pág. 1.

menos en su mayor parte, con el alojamiento, la luz, etcétera, «gratis». Es el período del «comunismo de guerra» en Rusia. Entonces se pudo ver no solamente que este sistema no era duraderamente viable, sino también que podía coexistir con un régimen fundado en una dominación de clase.

La realidad nos ha enseñado entonces:

a) que es posible suprimir la propiedad privada sin abolir la explotación;
b) que es posible suprimir el salariado sin abolir la explotación.

Si esto es así, el problema de la revolución proletaria se plantea para el explotado en los términos siguientes:

— ¿cuáles son las condiciones económicas que permiten abolir la explotación?;
— ¿cuáles son las condiciones económicas que permiten al proletariado conservar el poder, una vez conquistado éste, y cortar las raíces de la contra-revolución?

Aunque los «Principios» estudian los fundamentos económicos del comunismo, el punto de partida es más político que económico. No es fácil para los obreros apoderarse del poder político-económico, pero es aún más difícil conservarlo. Ahora bien: en las concepciones presentes del comunismo o del socialismo se tiende a concentrar —en los hechos si no es en las palabras— todo el poder de gestión en algunos organismos estatales o «sociales». Al contrario, este libro considera la economía como la pro-

longación inevitable de la revolución y no como un estado de cosas deseable y que se realizará en cien, en mil pasos. Se trata de definir, al nivel de principios, las medidas a tomar no por un partido u organización, sino por la clase obrera y sus órganos inmediatos de lucha: los Consejos obreros. La realización del comunismo no es asunto de un partido, sino de toda la clase obrera, deliberando y actuando en y por sus Consejos.

El productor y la riqueza social

Uno de los grandes problemas de la revolución es instaurar unas nuevas relaciones entre el productor y la riqueza social, relaciones que en el seno de la sociedad capitalista se expresan en el salariado. El régimen del salariado está basado en un profundo antagonismo entre el valor de la fuerza de trabajo (salario) y ese mismo trabajo (el producto del trabajo). Mientras que el trabajador proporciona, por ejemplo, cincuenta horas de trabajo a la sociedad, sólo recibe como salario el equivalente de diez horas. Para emanciparse realmente el trabajador debe hacer de forma que no sea el valor de su fuerza de trabajo lo que determine la parte que le corresponde de la producción social, sino que esta parte sea fijada por su mismo trabajo. El trabajo: medida del consumo, éste es el principio que él debe hacer triunfar.

La diferencia entre la cantidad de trabajo proporcionada y lo que el trabajador recibe a cambio se llama *plustrabajo* y representa un trabajo no paga-

do. Las riquezas sociales producidas durante este tiempo de trabajo no pagado constituyen el *plusproducto* y al valor incorporado en este plusproducto se le llama *plusvalía.* Toda sociedad, cualquiera que sea, y, por tanto, la sociedad comunista también, reposa en la formación de un plusproducto, porque en el conjunto de trabajadores que efectúan un trabajo necesario o útil algunos no producen unos bienes tangibles. Sus condiciones de vida son entonces producidas por otros trabajadores (esto es también así para los servicios de salud, cuidado de los enfermos, de los niños y de los ancianos, servicios administrativos, sabios, etc...). Pero es la manera de formarse y repartirse este plustrabajo lo que constituye la explotación capitalista.

El trabajador recibe un salario que, en el mejor de los casos, le viene muy justo para vivir en unas condiciones dadas. Sabe que ha dado cincuenta horas de trabajo, pero no sabe cuántas horas cobra en su salario. Ignora a cuánto asciende su plustrabajo. En cambio, sí sabe cómo la clase poseedora consume este plusproducto: dejando aparte los «servicios sociales» que reciben una cierta parte, son las fábricas quienes lo utilizan para crecer, los explotadores quienes viven de ello, la administración, la policía y el ejército quienes disipan la sustancia.

En esta discusión nos interesan particularmente dos caracteres del plusproducto. En primer lugar, que la clase obrera no tiene poder de decisión, o muy poco, del producto de su trabajo no pagado. Y en segundo lugar, que es imposible valorar la importancia de este plustrabajo. Recibimos un salario, eso es todo; no tenemos ningún poder sobre la producción y el reparto de la riqueza social. La clase que dispo-

ne de los medios de producción, la clase poseedora, es dueña del proceso de trabajo y también del plustrabajo; nos deja sin trabajo cuando lo estima necesario para sus intereses, nos aporrea con su policía o nos masacra en sus guerras. La autoridad ejercida por la burguesía deriva del hecho de que dispone del trabajo, del plustrabajo y del plusproducto. Esto es lo que nos reduce a la impotencia en la sociedad y hace de nosotros una clase oprimida.

Este análisis nos revela que la opresión es igual de fuerte si es ejercida por el capitalismo privado que si lo es por el del Estado. Se oye a menudo decir que la explotación de los trabajadores ha sido suprimida en Rusia, porque el capital privado ha sido abolido y porque todo el plusproducto está a disposición del Estado, que lo reparte en la sociedad promulgando nuevas leyes sociales y creando nuevas fábricas, desarrollando la producción.

Aceptemos estos argumentos, es decir, dejemos de lado el hecho de que la clase dominante, la burocracia, encargada del reparto del producto social, se enriquece con salarios exorbitantes, que se reproduce en el poder asegurando a sus miembros el monopolio de la educación superior y que las leyes de sucesión le garantizan las riquezas acumuladas «para su familia». Vayamos incluso hasta suponer que este aparato no explota a la población.

Aun así, resultaría que en Rusia la burocracia continúa siendo dueña del proceso del trabajo y del plustrabajo, que dicta, a través de los sindicatos estatales, entre otros órganos, las condiciones de trabajo, de la misma forma que vemos hacerlo en Occidente. La función de la burocracia dirigente es fundamentalmente idéntica a la de la burguesía que

dirige el capitalismo privado. A partir de esto, si la burocracia no explota a la población, únicamente sería por su buena voluntad, ya que *rechaza la ocasión* que le es ofrecida. El desarrollo de la sociedad no estaría en función de las necesidades económicas y sociales, sino que dependería de los «buenos» o de los «malos» sentimientos de los dirigentes. En otros términos, las relaciones de los trabajadores con la riqueza social continúan siendo, incluso en este caso, arbitrariamente fijadas y éstos no tienen ningún poder sobre estas relaciones, salvo esperar que los «malos» dirigentes se conviertan en «buenos».

En conclusión, la abolición del salario no es la condición necesaria y suficiente para que los trabajadores reciban la parte del producto social que les corresponde y que ellos han creado con su trabajo. Cierto, esta parte puede aumentar; pero una verdadera abolición del salario bajo todas sus formas tiene otro carácter: sin esta abolición, la clase obrera no puede mantener su poder. Una revolución «traicionada» conduce a un estado totalitario capitalista.

Se puede sacar otra conclusión. Una de las tareas esenciales que incumbe a un grupo de trabajadores que quieran poner fin radicalmente a la explotación capitalista —un grupo revolucionario, como se decía antes— es buscar el medio de asentar económicamente el poder conquistado por medios de acción políticos. Ya ha pasado el tiempo en que bastaba con exigir la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. Es igualmente insuficiente reclamar la abolición del asalariado. Esta reivindicación, en sí, no tiene más consistencia que una pompa de jabón si no se sabe cómo poner las bases de una economía en la que haya sido suprimido el

salario. Un grupo que se pretenda revolucionario y que se niegue a esclarecer esta cuestión esencial no tiene en realidad gran cosa que decir, porque es incapaz de proponer la imagen de un mundo nuevo.

Los *Principios de la producción y de la repartición comunistas* parten de la idea siguiente: todos los bienes producidos por el trabajo del hombre equivalen cualitativamente, pues todos representan una porción de trabajo humano. Sólo los hace diferentes la *cantidad* de trabajo que representan. La medida del tiempo que cada trabajador consagra individualmente al trabajo es la *hora de trabajo*. Igualmente la medida destinada a medir la cantidad de trabajo que representa un objeto u otro debe ser *la hora de trabajo social medio*. Esta es la medida que servirá para establecer la suma de riqueza de que dispone la sociedad, así como las relaciones de las diversas empresas entre sí y la parte de estas riquezas que corresponde a cada trabajador. Sobre esta base, los «Principios» desarrollan un análisis y una crítica de las diferentes teorías —y también de las prácticas— de las diferentes corrientes que se reclaman del marxismo, del anarquismo o del socialismo en general. Hay, además, una exposición más precisa de los principios concisos de Marx y Engels tales como nos los han dejado en *El Capital*, la *Crítica del programa de Gotha* y en el *Anti-Dühring*

Por supuesto, los «Principios» no se limitan a estudiar la unidad de cálculo en el comunismo; analizan también su aplicación en la producción y el reparto del producto social y en «los servicios públicos», examinan las nuevas reglas de la contabilidad social, la extensión de la producción y su control por los trabajadores, la desaparición del mer-

cado y, en fin, la aplicación del comunismo en la agricultura a través de las cooperativas agrícolas, que calculan también sus cosechas en tiempo de trabajo.

Así, los «Principios» tienen como punto de partida el hecho empírico que, en el momento de la toma del poder por el proletariado, los medios de producción se encuentran en manos de las organizaciones de empresa. De la conciencia comunista del proletariado, conciencia nacida en su misma lucha, dependerá la suerte posterior de esos medios de producción, que los guarde o no en sus manos. También el problema capital que la revolución proletaria deberá resolver será el fijar unas relaciones invariables entre los productores y el producto social, que sólo se puede hacer introduciendo el cálculo del tiempo de trabajo en la producción y la distribución. Es la reivindicación más elevada que el proletariado puede formular..., pero al mismo tiempo es lo mínimo que puede reclamar. Y, por tanto, es una cuestión de poder que sólo el proletariado puede solucionar sin ningún apoyo proveniente de otros grupos sociales. El proletariado sólo puede conservar las empresas si asegura su gestión y dirección autónomas. Es también la única forma de poder aplicar totalmente el cálculo del tiempo de trabajo. Este es el último mensaje dejado al mundo por los movimientos revolucionarios proletarios de la primera mitad del siglo XX.

GLOSARIO DE SIGLAS

(El esquema adjunto aporta indicaciones sobre la filiación de estos grupos.) NOTA: La letra «D» dentro de estas siglas significa «Deutschlands» (de Alemania). En el transcurso del texto ésta será frecuentemente omitida en la designación de los diferentes grupos. Por ejemplo: K.P. en vez de K.P.D. o A.A.U.E. en lugar de A.A.U.D.E. De la misma forma que la E se omite en España cuando se habla del P.C.E.

* * *

S.P.D. *(Sozialdemokratische Partei Deutschlands)*, partido social-demócrata alemán.

U.S.P.D. *(Unhabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands)*, partido social-demócrata independiente de Alemania, formado en abril de 1917, reagrupaba diversos elementos salidos del S.P.D.

K.P.D. *(Kommunistische Partei Deutschlands)*, partido comunista de Alemania, formado a finales de 1918 por elementos de toda la antigua izquierda del S.P.D., entre los cuales:

I.K.D. *(Internationalen Kommunistischen Deutschlands)*, comunistas internacionalistas de Alemania y *Linksradikalen* (radicales de izquierda).

K.A.P.D. *(Kommunistischen Arbeiter Partei Deutschlands)*, partido obrero comunista de Alemania, nacido en abril de 1920 de la escisión entre la izquierda obrera y la dirección parlamentaria del partido comunista (K.P.D.). El K.A.P.D. tenía relaciones estrechas con:

A.A.U.D. *(Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands)*, Unión Obrera de Alemania, salida de las organizaciones de fábrica creadas durante la guerra e inmediatamente después.

A finales de 1920, de estos dos últimos grupos salió:

A.A.U.D.E. *(A.A.U.D. Einheitsorganisation)*, A.A.U.D., organización unitaria, que rechazaba una organización obrera distinta de la organización política.

Estos últimos reagrupamientos tendentes hacia el federalismo se oponían al centralismo del conjunto K.A.P.-A.A.U. No obstante, con la evolución de la situación política, estos núcleos, K.A.P.-A.A.U., por un lado, y A.A.U.D.E., por otro, decrecieron: la subida del fascismo incitó a fusionarse.

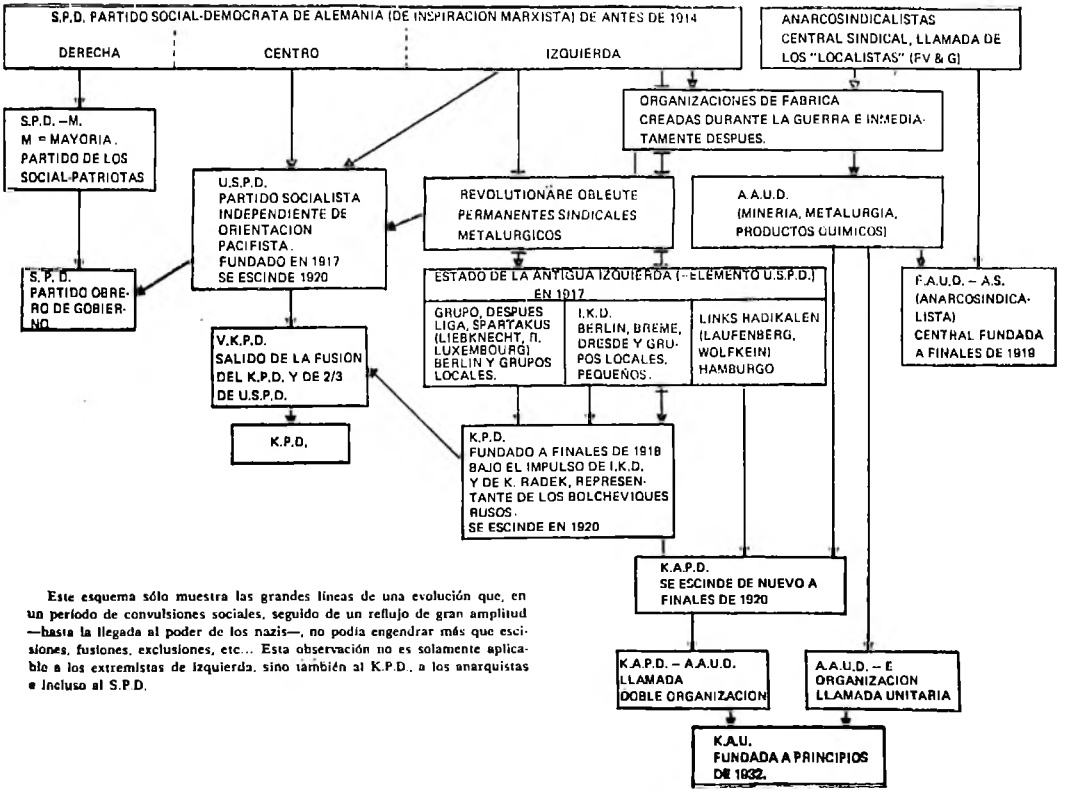
K.A.U.D. *(Kommunistische Arbeiter Union Deutschlands)*, Unión Obrera Comunista de Alemania, reunió los miembros de estos tres últimos grupos.

F. A. U. D. *(Freien Arbeiter Union Deutschlands)*, Unión Obrera libre de Alemania, reagrupó en 1919 miembros de las organizaciones de fábrica y de la central anarcosindicalista de los localistas.

Casi la totalidad de las fuerzas organizadas del comunismo de Consejos desapareció después de la instauración del nacional-socialismo. Algunos grupos continuaron manifestándose, fuera de Alemania, con una actividad tanto teórica como práctica. Entre éstos:

G.I.C. *(Groep van Internationale Communisten)*, designado en Alemania con las iniciales G.I.K.H. (Gruppe Internationaler Kommunisten [Holanda]), fue uno de los grupos que se reclamaba del comunismo de Consejos. El único que tuvo una producción teórica real y original unida a una actividad práctica.

ESQUEMA DE LAS SIGLAS EMPLEADAS Y DE SU ORIGEN



Este esquema sólo muestra las grandes líneas de una evolución que, en un período de convulsiones sociales, seguido de un reflujo de gran amplitud —hasta la llegada al poder de los nazis—, no podía engendrar más que escisiones, fusiones, exclusiones, etc... Esta observación no es solamente aplicable a los extremistas de izquierda, sino también al K.P.D., a los anarquistas e incluso al S.P.D.

INDICE

La revolución estalla ..... *Pág.* 7
Precursores de los Consejos 8
Una victoria fácil 10
Concepciones nuevas 11
La trampa 13
Corrientes políticas 14
Desarrollo de las organizaciones de fábrica 17
El partido comunista alemán (K.P.D.) 19
El parlamentarismo 21
Los sindicatos 22
El partido obrero comunista (K.A.P.D.) 24
El K.A.P.D. y las divergencias en el seno de la A.A.U.D. 24
La plataforma común 26
La doble organización 27
Los argumentos de la A.A.U.D.-E. 29
La decepción 32
Las funciones 33
Cambio de función 34
La clase organizada 36
La sociedad comunista y las organizaciones de fábrica. 37
El fin del movimiento en Alemania 41
Fundamentos económicos del comunismo 43
El productor y la riqueza social 48
Glosario de siglas 55

Colección: "Lee y Discute"

— ● —

Una colección de libros de bolsillo que, mensualmente, le irá enriqueciendo sus conocimientos:

- sociales,
- económicos,
- políticos,
- educativos, etc.

— ● —

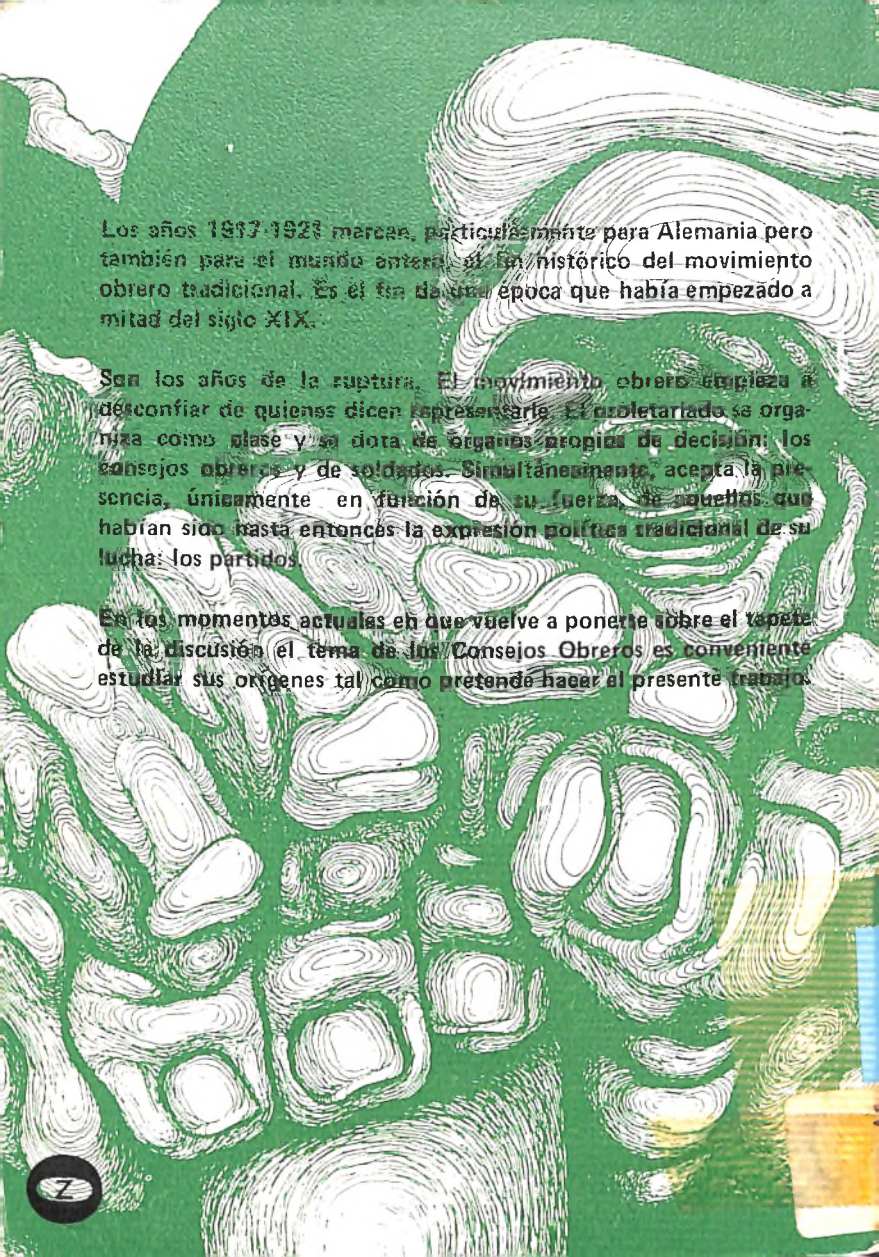
Suscripción anual: 600 ptas.

Periodicidad: 24 libros al año.

Solicite información más detallada a:

ZYX, S. A. DISTRIBUCIONES

Lérida, 80 MADRID-20



Los años 1917-1923 marcan, particularmente para Alemania pero también para el mundo entero, el fin histórico del movimiento obrero tradicional. Es el fin de una época que había empezado a mitad del siglo XIX.

Son los años de la ruptura. El movimiento obrero empieza a desconfiar de quienes dicen representarle. El proletariado se organiza como clase y se dota de órganos propios de decisión: los consejos obreros y de soldados. Simultáneamente, acepta la presencia, únicamente en función de su fuerza, de aquellos que habían sido hasta entonces la expresión política tradicional de su lucha: los partidos.

En los momentos actuales en que vuelve a ponerse sobre el tapete de la discusión el tema de los Consejos Obreros es conveniente estudiar sus orígenes tal como pretende hacer el presente trabajo.